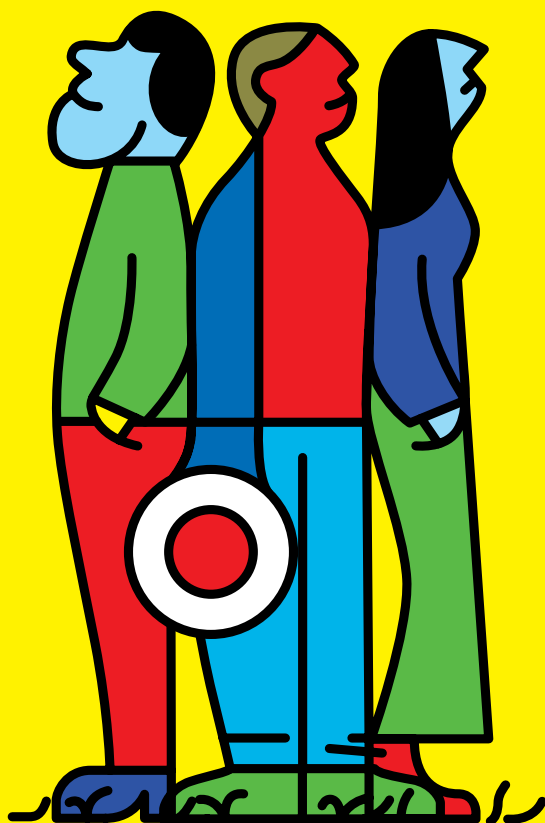


literatura con vallas

52 cuentos, un tratado, un test
y un alegato

Leo Maslíah



Una crítica literaria

Uno puede semana a semana estar haciendo reseñas críticas de libros y llegar a automatizarse con esa labor al punto de olvidar el viaje catártico que conlleva la lectura por el exclusivo placer de leer, donde nos entregamos pasivamente al trance que el narrador nos exige como condición para hacernos tragar toda la sarta de construcciones fantásticas que preparó para nosotros, se trate ya de un Balzac, un Bradbury o un Benedetti, tanto da.

Pero hay narradores que son capaces de arrancarnos del glaciar de nuestra postura de críticos y de encadenarnos a la butaca frente a la cual proyectarán su imaginación y de la que no apartaremos la vista hasta tanto ellos mismos no nos enciendan las luces de la realidad circundante.

Esto es lo que logró hacer con nosotros Mauricio Tartolini mediante su novela *Cobre y estaño* que relata la vida de un minero chileno, quien por una extraña vuelta del destino abandona los yacimientos cupríferos de su país, emigra a Bolivia y consigue trabajo allí en una mina de estaño, con todos los problemas de adaptación que este cambio implica. Pero no queremos aquí dar cuenta de los intrincados y ricos laberintos sicológicos y geopolíticos con los que Tartolini tejió su argumento. Queremos describir paso a paso las sensaciones que página tras página se fueron gestando en nuestra humilde subjetividad subyugada por la maestría de este veterano escritor del que nos costaría creer que, después de

habernos legado tal enciclopedia del sentir, del sufrir y del vivir, tenga todavía algo más que decir. (Nos carcome la curiosidad por el reciente anuncio sobre la próxima publicación de una nueva novela, *La reencarnación del hueso*.)

El primer capítulo de *Cobre y estaño* se remite a la necesaria función de marco histórico referencial y también presenta un embrión del nudo dramático cuyo planteo será completado más adelante. Pero el ritmo narrativo de estas primeras páginas es tan llevadero que mientras leíamos nos parecía estar deslizándonos en un tobogán enjabonado, un tobogán muy empinado que no nos permitía en ningún momento dejar de mirar hacia adelante, inquietos ante la incertidumbre de cuál habría de ser el instante de nuestra caída a tierra, a arena o a lo que fuese que Tartolini nos tuviera reservado a modo de comité de recepción en el capítulo segundo. Y hete aquí que SPLASHHH. No hay tierra, arena, ni roca sino agua, agua fresca, tranquila y cristalina en este segundo capítulo. Espero que esto se entienda bien: me refiero a la sensación que uno tiene al leer este capítulo y no a lo que en él está narrado (nuestro héroe el minero es azotado por su capataz y su hermana es violada por el hijo menor del dueño de la mina, pero cada uno de estos datos acude a nuestro banco de información con la frescura del agua de la piscina en la que, continuando con el hilo de mi vivencia personal, este segundo capítulo nos lleva a nadar y a nadar en cámara lenta, contemplando con todo el tiempo del mundo cómo se transforman las estructuras casi geométricas del agua que cada una de nuestras brazadas va levantando y cómo la lentitud del movimiento hace que nuestro propio cuerpo escape al control muscular habitual para integrarse a la danza de las gotas de agua siguiendo la mecánica que ellas mismas van imponiendo).

El tercer capítulo modifica gradualmente nuestra forma de relacionarnos con el agua, ya que del confort de aquella moderna piscina pasamos a un flujo de agua turbia, un impetuoso torrente que baja de la montaña al valle por lecho rocoso. No tenemos dominio de la situación. El agua nos arrastra despiadadamente y nuestra piel se rasga y se lastima en el contacto con las rocas. Esto se debe a cierta incoherencia en el lenguaje que emplea aquí Tartolini: hay palabras que no son las adecuadas y esto crea momentos de un grotesco involuntario en los cuales recibimos aquellas pétreas y angulosas caricias que tiñen de rojo el agua que nos empuja a pesar de la paz y la ternura que imperan en el contenido explícito del relato, donde nuestro minero duerme apaciblemente la siesta una soleada tarde de domingo en el campo a la sombra de un sauce y con la cabeza apoyada en el seno de la compañera.

En el cuarto capítulo el minero es detenido por un destacamento armado en una razia que asola la región, y es torturado por un oficial sádico cuya esposa se negó esa mañana a servir el desayuno en la cama motivando así un incremento de la animosidad que este militar descargará sobre el material humano acumulado en la razia, sin perjuicio de haber castigado también a su esposa llevándola al cuartel y haciéndola pasar por unas horas como detenida política para que sufra reglamentarios vejámenes en las garras de sus compañeros oficiales y de algunos soldados que por haber estado sancionados llevan más de un año sin visitar a sus familias ni a las muchachas del prostíbulo de la zona. Sin embargo en esto párrafos Tartolini ha recuperado la fluidez de su estilo y la naturalidad que imprime a la recreación de las situaciones hace que éstas se sucedan como las ninfas que mientras todo aquello ocurre nosotros

vemos desfilar en una isla en medio del río y que nos invitan a compartir con ellas los frutos de los árboles, el vino de su odres, la leche de sus pechos, la miel de su abejas y una tibia noche de amor a la intemperie en el transcurso de la cual por gracia de estas diosas la actividad de nuestras glándulas reproductoras será veinte veces más intensa que lo habitual, facultándonos para un romance profundo, acabado y específico con cada una, ya que en conjunto las ninfas suman justamente veinte.

Durante el cuarto capítulo el minero consigue escapar del cuartel gracias a los inconfesables servicios que prestó a uno de los guardias (servicios que sin embargo Tartolini «confiesa» valiéndose de un vocabulario osado pero sutil y jamás grosero), y caminando alternativamente bajo sol y luna llega a un territorio virgen habitado por mujeres indígenas también vírgenes, que claman por un individuo del sexo masculino que oficie como multiplicador demográfico de la tribu.

Quizá no es del todo verosímil la hipótesis de un nucleamiento humano exclusivamente femenino y a la vez virgen, pero la tarea del escritor consiste en sacar de mentiras verdad, y Tartolini se ocupa muy bien de sensibilizarnos al punto de derribar todas nuestras defensas racionales y retrotraernos a aquel estado de candidez primigenia en el que todos somos capaces de tragarnos un buzón entero. Y aquí ocurre que pese al carácter romántico y erótico de los hechos narrados, el ímpetu, la fogosidad y el inmenso despliegue de energía con que el minero y las indígenas se entregan al sexo son tales que la sensación emergente en nosotros es de franca violencia. Una embarcación de la prefectura naval llega a la isla y todas nuestras ninfas se desvanecen como por encanto. Los marinos nos conducen a una depen-

dencia oficial donde por orden de un capitán nos aplican picana eléctrica, submarino y un sinfín de otras torturas que sólo podemos soportar porque sabemos que ellas son sólo el alegórico alborozo que nuestras emociones han inventado para festejar la intensidad de la llama narrativa con que Tartolini relata aquellos otros hechos que como ya vimos no guardan parentesco semántico con los sufrimientos que nosotros nos estamos figurando padecer.

El capitán desea saber el paradero de Palas Atenea, la deidad olímpica, y nos conmina a confesar. De lo contrario, según nos dice, habrá de infligirnos el tormento que en su oportunidad fue impuesto a Prometeo, pero con un cocodrilo en lugar del águila, y además a este cocodrilo se le conferirá habilitación para comernos no solamente el hígado sino cualquier parte de nuestro cuerpo que le venga en gana, incluyendo la totalidad de éste. Para colmo de males el capitán no da garantías de que las partes comidas se vuelvan a regenerar, como sí ocurría con el hígado prometeico.

El quinto capítulo nos trae, él sí, la paz. Un huracán derriba los muros de la prefectura marítima y nos arranca de nuestro cautiverio, transportándonos por los aires a una velocidad tolerable y placentera, sin causarnos vértigo ni volteretas desagradables ni hacernos chocar contra ningún objeto fuera de las nubes que atravesamos como si hubiéramos comprado para ello un boleto en el parque de diversiones de la naturaleza.

Muy otra es la suerte del minero, quien también emprende un largo viaje pero no por aire sino por selvas y montañas, siendo atacado por diferentes especies de insectos, miriápodos, reptiles (no cocodrilos, pues no los hay en América) y plantas carnívoras, así como por las inclemencias de un nutrido muestrario de accidentes naturales y distorsiones climáticas.

Y mientras en el sexto capítulo el minero llega a Bolivia, nosotros los lectores llegamos a Hawái. Debe ser especialmente interesante para los semiólogos esta dicotomía geográfica oculta tras el dualismo denotación-connotación, coincidente con el desdoblamiento del relato en hechos narrados y hechos erigidos en la mente como reflejo de la acción descongestiva del sintagma sobre nuestra sensibilidad.

Al promediar el séptimo capítulo nuestro minero (es decir el de Tartolini) es conchabado en la mina de estaño. En simultaneidad con esto nosotros somos admitidos como huéspedes de honor en la suite principal de un hotel de cinco estrellas, allí en la isla del placer. Cuando a los seis meses de esto el minero cobra su primer salario y se entera de que cinco minutos antes del cobro el gobierno decretó una devaluación del 700% nosotros llamamos al botones del hotel y lo abofeteamos por no haber dejado nuestras maletas en una posición cómoda para desempacar.

En el octavo capítulo la gerencia del hotel decide ofrecer una cena para nuestro agasajo. Mientras tanto, en el texto, el minero trabaja duro y parejo.

Luego del undécimo plato (noveno capítulo) somos víctimas de una indigestión (sobredosis de salsa curry, dice el médico del hotel). Paralelamente, el minero pasa hambre porque su salario no le alcanza para comprar un mendrugo de pan.

El final sobreviene, trágico, en el décimo capítulo: nuestro héroe muere de tisis luego de semanas de reclusión en las galerías de la mina sin ver la luz del sol, trabajando horas extras sin dormir ni comer. La descripción del proceso evolutivo de la enfermedad es tan vívida y al mismo tiempo tan sobria y carente de todo sensacionalismo que su efecto en nosotros no puede ser otro que compadecer al minero, cul-

tivar un profundo odio de clase contra la burguesía minera boliviana, y regocijarnos intensamente por nuestra buena salud. Ya la indigestión ha pasado; estamos disfrutando de un sano desayuno a base de yogur, jugos de fruta y tostadas con mermelada mientras el botones prepara nuestras valijas y el conserje llama a un remise que nos conduzca al aeropuerto para tomar el avión de regreso a casa. Nuestras vacaciones por el maravilloso mundo literario de Mauricio Tartolini han terminado.

Fluctuante

A cada cual le pasa su vida —es decir, la serie de hechos que la integran—. En todos y cada uno de ellos está, solapado, el Mismo. Yo soy el Mismo, el punto de identidad o mismidad latente bajo la diversidad e inconexión aparente de los hechos que urden mi vida.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

A mí, por desgracia, no me pasa lo mismo. Fluctúo entre identidades. Ahora soy Eric Acuña, y voy con mi esposa Sara a visitar a nuestros amigos, los Stuart. Ellos nos reciben muy bien, como siempre. Nos hacen pasar, nos sentamos y nos ofrecen coñac importado. Sandra Stuart se cortó el pelo y le queda muy bien. Su cuello desnudo me produce un estado de inquietud que trato de disimular ante la mirada vigilante de Sara, mi esposa. También Matías, el pequeño hijo de Jonás y Sandra Stuart, parece dirigirme miradas reprobatorias, como diciendo: «Qué mirás el cuello de mi mamá».

Ahora soy Jonas Stuart. Eric Acuña está sentado frente a mí, sonriendo estúpidamente, como siempre. No sé por qué Sandra insiste en invitarlos a casa una vez por mes. Yo ya me había olvidado de que iban a venir hoy, y alquilé tres películas. Si no se van muy tarde quizás alcance a ver una. Para peor mañana tengo que levantarme a las siete y tengo trabajo todo el día, así que las otras dos películas las voy a tener que devolver recién pasado mañana y en el videoclub me van a cobrar el recargo por demora.

En cuanto a proponerles a los Acuña que miren las películas con nosotros, ni hablar. Ya lo intenté una vez, y no paran de parlotear. No me gusta estar oyendo la receta de cómo se hace una tortilla de zapallo en el momento en que

James Bond está atado a una mesa mirando el avance de la sierra eléctrica entre sus piernas.

Ahora soy Sandra Stuart. Me pica el cuello, pero no quiero rascarme porque estoy en casa con unas visitas, Eric y Sara Acuña. Ellos vienen casi todos los meses, pero Jonás (mi marido) y yo apenas si los habremos visitado dos veces en los últimos tres años. Es que la casa de ellos francamente es horrible. No hay lugar donde sentarse cómodamente, y lo mejor que nos dieron para tomar fue coñac nacional. Lo recuerdo bien porque tomé una sola copa y estuve descompuesta tres días. Jonás siempre se enoja cuando invito a Eric y Sara. Yo trato de apaciguarlo, pero no puedo confesarle el verdadero motivo que me hace obrar así. Ese motivo es la vieja rivalidad que tengo con Sara desde que éramos compañeras en el jardín de infantes. Ella siempre sacaba mejores calificaciones que yo, y se burlaba de mí cuando estudiábamos juntas y yo no entendía el binomio de Newton. Ahora quiero que por el resto de su vida envidie el lugar que yo me gané en la sociedad junto a Jonás (mi marido), que es un alto ejecutivo de una empresa de pompas de nacimiento.

Ahora soy Sara Acuña. Estoy con mi esposo de visita en casa de Sandra Gómez, una vieja compañera de mis días de escuela. Ella siempre llama para invitarnos. Las primeras veces yo accedía gustosa, pero después empecé a rechazar las invitaciones, porque —esto no se lo quiero decir a Sandra; tengo miedo de que se ofenda— cuando es verano una se muere de frío en su casa: parece que quisiera hacer ostentación de la potencia de su equipo de aire acondicionado. Y cuando es invierno, el mismo problema tengo con la calefacción.

Sin embargo, cuando es mi esposo Eric quien atiende las llamadas de Sandra, siempre acepta las invitaciones. Quiero

pensar que es porque le gusta el coñac importado con el que Sandra siempre nos convida.

Ahora soy Matías Stuart. Estoy en mi casa con Mamá y Papá y Eric y Sara que acaban de llegar. Tengo mucha vergüenza porque Mamá se cortó el pelo y le queda horrible, y creo que Eric ya se dio cuenta.

Ahora no soy nada. Descanso. Fluctúo entre las mesas, las paredes, los cuadros, las plantas y los sillones de la casa de Jonás y Sandra Stuart, que con su hijo Matías y otros dos maniquíes están ahí inmóviles y rígidos hasta que yo vuelva a serlos.

Literatura con vallas

El ómnibus se detuvo en el kilómetro doscientos once. Marisa bajó y el chofer también, para entregarle su equipaje. Cuando el ómnibus retomó su marcha Marisa empezó a caminar. Eran parajes de tierras rojizas. Ignoro por qué tenían este color; en verdad no sé nada de geología.

Marisa caminó un par de kilómetros y se sentó a descansar sobre su equipaje. Ignoro si hacía calor o frío porque no sé nada de meteorología (además yo no estaba allí). Marisa quería levantarse y seguir su camino, pero tenía dolores en la pelvis. Nada puedo decir, por desgracia, sobre el origen de estos dolores, porque carezco de los más elementales conocimientos de ginecología.

Marisa hizo acopio de fuerzas y se levantó. Para orientarse mejor sacó de su bolso unos binoculares (o quizá fuera un catalejo; no sé nada sobre instrumentos ópticos) y echó una ojeada a los confines de su visibilidad. Avistó una figura humana, mosqueando en el horizonte. Caminó hacia ella. La figura caminaba a su vez hacia Marisa. Esto es lo que creo, aunque no me respalda en ello ningún conocimiento de geometría.

Unos minutos después la figura se hizo reconocible para Marisa. Era un hombre. Andaba casi desnudo y estaba peinado y maquillado con arreglo a las normas vigentes en el grupo humano, tribu, clan o a lo que fuera que él pertenecía. No quiero dar detalles sobre esto por miedo a meter la pata, ya que no sé absolutamente nada de antropología.

Cuando lo tuvo cerca, Marisa sacó su cámara fotográfica. Creo que se puso a regular el fotómetro, y no sé cuántas cosas más. Marisa era una excelente fotógrafa, pero yo no solamente no lo soy sino que no tengo la más puta idea de cómo se saca una foto. Parece que aquel hombre tampoco la tenía, porque cuando vio el artefacto se asustó. Se acercó a Marisa y le arrancó la cámara de las manos. No conforme con esto, le arrancó también la ropa y —ya con más delicadeza— se sacó él mismo la poca que traía puesta.

Entonces ocurrió algo que me veo incapacitado de describir, quizá por falta de experiencia personal en la materia. No sé nada sobre sexo, y creo que por ahí corría el asunto. (Perdón si en algún momento me expreso de forma confusa o incorrecta; es que no sé nada de gramática.) En verdad la única disciplina que domino es la literatura. Sinceramente, creo que sé más que nadie en esta materia. Pero ya no puedo escribir más, lo siento. Mi falta de formación en otras disciplinas me lo impide, interponiéndose constantemente entre mi pluma y mis lectores. Esta traba merecería de mi parte, sin duda, un profundo estudio, pero yo no lo puedo hacer porque no sé nada de epistemología.

Sólo me queda entonces decir adiós, y gracias (no sé si corresponde despedirme así; perdón, pero es que no sé nada sobre modales).

Literatura con vallas.

52 cuentos, un tratado, un test y un alegato

Leo Maslíah

¡Qué importante es, para un libro, el texto de contratapa! ¡Cuántas veces las decisiones sobre comprarlo, pedirlo prestado a una biblioteca o, en cambio, devolverlo discretamente al estante o batea donde estaba, dependen del poder de seducción que esas líneas tengan! A esos efectos, eso es mucho más importante que el contenido del libro. Es recomendable, de todos modos, que el texto de contratapa guarde alguna relación con ese contenido, para que quien haya adquirido el libro no experimente luego la sensación de haber sido estafado. No sabemos si la primera condición (la del *text-appeal*) es cumplida por estas líneas. Pero la segunda sí, no lo dude.

Prof. Abraham Rivadeneira

«En verdad la única disciplina que domino es la literatura. Sinceramente, creo que sé más que nadie en esta materia. Pero ya no puedo escribir más, lo siento. Mi falta de formación en otras disciplinas me lo impide, interponiéndose constantemente entre mi pluma y mis lectores. Esta traba merecería de mi parte, sin duda, un profundo estudio, pero yo no lo puedo hacer porque no sé nada de epistemología.»